



El sótano  
del amor eterno  
Javier Casino

UNIVERSO  
LETRAS



---

Ella, melodramática, le prometió como tantas veces que se tomaría un bote de pastillas si salía por la puerta. Él estaba cansado de chantajes. Decidió enfrentarse a su amenaza con sus mismas armas. Quien se suicidaría sería él, le gritó lleno de rabia. Recordó las palabras de los psicólogos a los que había visitado cuando el miedo a que ella cumpliera su palabra medraba apoderándose de su felicidad. Siempre le ofrecían el mismo discurso: «Nadie es responsable de la suerte de nadie. Seguro que solo es un farol». De la suerte, puede..., pero ¿y de la muerte? ¿Acaso hay diferencia entre atropellar a alguien con el coche y permitir que se arroje bajo sus ruedas? Pero los psicólogos habían estudiado. Sabrían de lo que hablaban... «Son solo llamadas de atención que ella utiliza para retenerte», le aseguraban cuando lo veían llorar de impotencia al no poder alejarse de aquella mujer por temor a que se hiciera daño. Era un hombre prudente. Era un hombre que creía en lo que los ciudadanos consideran acertado, correcto. Así que cerró con un portazo dejando tras de sí a aquella bella mujer y las ruinas de su último hogar. Era hora de empezar una nueva vida y hacer caso de la psicología. ¿Y ella?...

¡QUE SE JODA!

---

---

# **PRIMERA PARTE DOS CAMINANTES**

---

---

# **Episodio primero**

## **La idiota de Alejanía y el duelo por una ruptura no merecida**

Alejanía se levantó aquella mañana más idiota que de costumbre. No es que pusiera el despertador para que sonara por la noche a la hora de dormir, ni que vertiera la leche en el tarro del café en lugar de en la taza que compró en París con su recién convertido en ex. Para nada. Sí, aquellas cosas le pasaban. Y era entonces cuando Samuel, su metódico, aburrido y recién convertido en exnovio, le recriminaba que aquel comportamiento no era sino una manera de llamar la atención y hacerse la interesante. Él siempre le reprochaba que nadie podía ser tan torpe. Incluso una vez se fue a trabajar a la oficina de su sindicato vistiendo un pijama sexi que tenía para las ocasiones especiales. Si no llega a detenerla el portero de la finca, la risa y la violación visual de su cuerpo de amazona hubieran quedado para siempre en su lugar de trabajo como otra de sus disparatadas ocurrencias. La gota que colmó el vaso de la paciencia de su novio llovió cuando se equivocó de piso y puerta y se coló en el dormitorio del vecino regalándole una mamada

---

de las que hacen historia a las once y media de la noche. Samuel no la había creído. ¿Quién demonios puede equivocarse una segunda planta con un sexto? ¿Y la llave había abierto sin más? Claro que subió a verificarlo..., pero lo único que corroboró fue el mal carácter del vecino, que al escuchar cómo alguien intentaba abrir su puerta salió hecho un basilisco y le propinó un contundente derechazo. A los pocos días rompieron y ella se quedó sola, a pesar de que su novio sospechara todo lo contrario.

Lo que hizo aquella mañana tras abrir los ojos fue intentar abrazar al cuerpo que durante tres años había dormido a su lado. Por eso se sintió tan idiota, porque se había prometido no volver a girarse más hacia aquel lado de la cama. Incluso había cortado las sábanas de uno cincuenta dejando solo una mitad de setenta y cinco centímetros sobre la que dormir. La verdad era que resultaba bastante molesto porque la tela terminaba deslizándose y enredándose entre sus piernas, tomando su piel desnuda contacto con el colchón áspero. Esto, además, le recordaba, haciéndole daño, a cuando entrecruzaba sus pies con los de su novio para dormir en contacto y que la noche no les robara el amor. Eso decía ella. A él, como es de suponer, le parecía una soberana tontería aquella frase tan cursi..., pero era el precio que debía pagar para obtener su polvo semanal los jueves. Ese también era un tema de discusión. Para Alejanía, había que hacer el amor al menos ocho veces por semana, pero para él eso provocaría que se acabara pronto la pasión. Como si dosificándola fuera a durar más. Por eso, cuando él se portaba mal con ella, a pesar de su insaciable apetito sexual, ella se sacrificaba y le negaba su esperada sesión de cama. Castigándolo y dándole la espalda mientras dormían.

Tras levantarse buscó sus babuchas aterciopeladas con dibujos de conejos y zanahorias en el suelo del cuarto y, para variar, no las encontró. En su lugar había dos naranjas. Así que fue hasta la cocina, abrió la nevera y extrajo de la bandeja de la fruta ambas alpargatas. Las había guardado allí la noche anterior por error antes de prepararse un zumo a base de cítricos, manzana, un chorrito de vodka y un minuto de su

---

dedo anular sumergido en el preparado. (Para ella era el toque esencial. Decía que la salinidad de la piel daba el punto perfecto a la acidez del jugo.) Calzó sus pies con las zapatillas y sintió un escalofrío por toda la espalda que la puso cachonda, dada la temperatura de su calzado. Pero como le gustaba estar así, cachonda, no hizo nada para satisfacerse. Se fue a la ducha. Se duchó. Volvió a la cocina. Se preparó una tostada con mantequilla y mermelada de melocotón. Se vistió y se fue a su trabajo.

Hacía sol, aun así ella había elegido como abrigo un anorak impermeable. Ese día necesitaba lluvia. Su ánimo no estaba para alegrías. Claro que la miraban todos, pero estaba acostumbrada. Se decía a menudo que era normal que la gente no supiera combinar los colores. Estaban demasiado pendientes de cómo vestían los demás. ¿Qué verían cuando se miraran al espejo? ¿Las prendas que ellos jamás usarían?

Estas eran las cosas que cautivaban de ella al principio y empujaban a la histeria conforme el tiempo avanzaba imparable en la relación.

Al entrar a su oficina, cinco hombres que fumaban a la puerta la agasajaron con los piropos más elaborados que se les ocurrieron. Cada noche, mientras follaban con sus esposas, elucubraban frases ingeniosas con las que deslumbrarla. A ella le encantaban los piropos. Anhelaba recibir el mejor piropo del universo. Ella siempre sonreía con erótica picardía y siempre les contestaba lo mismo: que estaba cansada de tanto sexo del bueno con su pareja. Pero ese día, como su novio la había abandonado, tenía otra frase preparada. Así, se le ocurrió decir que el mejor lisonjeador obtendría como recompensa una comida con ella: ese día, la ensalada de la huerta que se compraba para comer en la tienda de los pakistaníes la compartiría con el donjuán más creativo.

—Da la enhorabuena a tus padres por hacerte tan bien.

—Esa piel la quiero para hacer de mi almohada.

—Quiero esos ojos para mirarme cada día.

—Si esa boca fuera mía, moriría de asfixia de tanto besarme.

—Quiero follarte hasta que te arrepientas de estar tan buena.

El último piropo se lo lanzó Moisés. Un tipo duro de constitución «tanguera». Delgado y fibroso como los estibadores del puerto.

---

Como los que montan las carpas de los circos. Como los corredores de maratón. Despeinado con gracia y siempre con barba incipiente y perfumada. Un tipo de camisas oscuras, entalladas y cubriendo su cintura por encima del cinturón. De pantalones de pinzas negros y zapatos relucientes hasta en los días de tormenta. Ella se detuvo frente a él. Era alta y su mirada se ajustó a la de él. El resto de los pretendientes comprendieron y acataron quién había sido el ganador. Como si hubieran establecido que él era el macho alfa de su manada, fueron entrando a la oficina conforme apagaban las colillas en aquel cenicero oxidado, a retomar sus labores.

Desde el interior, ya en sus puestos, observaban a través de la cristalera que hacía de puerta cómo los dos elegidos por las reglas del sexo seguían mirándose sin mediar palabra. Sin duda alguna estaban compitiendo por ver quién bajaría primero la cabeza. Quién se sometería a quién. Cosa que no sucedió. Porque, sin dejar de mirarse, él abrió la puerta y la dejó pasar. Una vez dentro, se separaron, cada uno a su mesa, hasta la hora de la comida, en que la fuerza de la atracción debía volver a reunirlos.

Salió a los pocos minutos de un despacho un hombre de unos cincuenta años, calvo y barrigón. De dientes manchados por la nicotina y ocultos tras unos pelos enredados en rizos anárquicos que pretendían ganarse el título de barba. Parecía caminar sobre raíles, directo hacia la mesa de Alejanía. Llegó hasta ella y, apoyando sus manos regordetas sobre la tabla, acercó su maloliente boca hasta casi la nariz de su empleada. Le susurró algo para que nadie más pudiera escucharlo. A la chica le cambió la cara. Se levantó y fue hasta unas escaleras que daban al piso que la sede de aquel sindicato tenía abajo. Todos volvieron a esconder sus aletargadas cabezas detrás de sus monitores. Todos excepto Moisés, que se incorporó. Pasó por delante del hombre gordote haciéndolo sentir invisible y se perdió por la misma bajada.

Trascurridos unos minutos, comenzaron a escucharse jadeos desde el hueco de la escalera que escapaban del cuarto de las fotocopadoras. Jadeos masculinos y femeninos que pasaron a convertirse en casi gritos

---

contenidos. Como si estuvieran haciéndose daño un hombre y una mujer. Unos segundos más y el tono de la mujer se hizo más elocuente. Más sonoro. Más imposible de resistir para la libido de aquellos trabajadores.

El hombre gordo volvió a su despacho algo más colorado de lo que había salido. Sofocado. Avergonzado. Acababa de despedir a Alejanía y ella se limitaba a echar un polvo. Era una verdadera ofensa, una burla. ¿Quién tiene narices para interponerse entre dos que se están mordiendo la carne y expulsar a uno de ellos del local? ¿Quién se atreve a truncar el sagrado acto del hambre del instinto? Aquellos que han probado a hacerlo se han erigido en blanco de las habladurías de todos. Si no dejas follar, es porque no follas. No hay más lógica que esa en el mundo de las bestias. Y nadie quiere ser etiquetado como el que no folla.

A la media hora, Moisés regresó a su mesa, se sentó y siguió perteneciendo a los que esperan su hora para volver a mojar. Ella no regresó jamás por ese camino. Dicen que dicen las cucarachas que trabajan en el sótano del sindicato que la dama salió medio desnuda pero segura de sí misma por la puerta que da a la calle de atrás. Que se podían respirar sus feromonas al paso de sus piernas, de su culo, de su espalda y de su nuca. Que tan solo se despidió de Andrés, el más joven de la plantilla, con un beso en la mejilla y con una caricia en el cabello cuando se lo encontró viniendo de un recado. Dicen también que el chico, desde entonces, no ha vuelto a peinarse, y que todos los días, a la misma hora en la que sucedió aquel contacto, se le advierte un ligero desmayo. Como si su alma se pirara de su cuerpo durante unos segundos y regresara antes de que su cabeza se estrellase contra la esquina de alguna mesa.

---

---

## **Episodio segundo**

# **La mudanza y las cajas que amontonan el hogar que pretendemos dejar atrás**

Se había comprado la casa de sus sueños. Por fin, después de tantos trasiegos en busca de algo que no fuera caro pero que no pudiera considerarse ruina, encontró una casita vieja de dos pisos cerca de la costa. No era un pueblo que se revolucionara por el turismo en verano, con lo que, además de que económicamente le permitiría vivir de sus escritos disfrutando de cierta comodidad, le garantizaba una vida tranquila. Justo la vida que buscaba desde que Alejanía, su última novia y por la que había perdido las ganas de vivir, le cosiera el corazón a una madera de nogal y lo arrojara al río maldito del amor compartido. Por culpa de ella se alejaba de todo. Nada le recordaría en aquel lugar a su ex. Su visceral y extravagante ex. Hay que tener cuidado a la hora de disfrutar con tu media naranja los cines, los teatros, los bares y los paseos en las vías concurridas y abarrotadas de escaparates y tiendas

---

donde comprar regalos. Porque cuando entre los tortolitos que antes se dedicaban sus mejores polvos comienzan las reyertas de reproches sobre la ropa interior que el otro usa, todos los buenos momentos se conjuran para perseguirte por el túnel que utilizas para escapar de esos recuerdos. Y la fuga se hace desesperante y claustrofóbica. Eso lo tenía claro. Se lo decía a los amigos que tenían en común como pareja y que se lamentaban de su mala suerte cuando estaban con él y que la felicitaban por haber escapado de un hombre tan decente que pecaba de aburrido cuando quedaban con ella.

Mira tú por dónde, el mar nunca lo habían visitado juntos. Sí habían hecho planes para mojar sus tobillos dando románticos paseos por la orilla, como rezan los cánones del amor de novela, pero nunca había surgido el momento de recrear esa escena. El mar no se cruzó en sus caminos, a pesar de tenerlo a solo un par de horas de viaje en coche y de que, tal como reza la literatura, fuera la alegoría de la libertad —salvo que hablemos de Jorge Manrique y sus coplas, claro.

En realidad, los últimos meses se había sentido desbordado, atado y asustado del vértigo con el que aquella muchacha aderezaba su vida y de las constantes amenazas con las que lo atormentaba, de perderse para siempre tras los golpes de remo de Caronte si no accedía a continuar dándole su amor. Nunca había cumplido con lo que decía que iba a hacer: suicidarse. Incluso a los pocos días de las crisis, todo el dolor que parecía haber sufrido se esfumaba y regresaba a la rutina con su habitual alegría. Era una mujer de tremendos contrastes emocionales; por eso, él se jactaba de que había hecho lo correcto. Las subidas y bajadas tan pronunciadas de la felicidad a la desdicha y las inagotables situaciones límite a las que lo enfrentaba cuando quería abandonar la habían terminado apagando la admiración que había sentido por aquella mujer al principio de la relación, tal como los cazadores hicieran con el chico que gritaba «¡Que viene el lobo!»

Lo primero que hizo tras pasar las cajas de la mudanza por la puerta fue recorrer todos los pasillos y recovecos que ofrecía aquella vivienda con el aire del misterio marino hasta llegar al piso de arriba. La casa

---

tenía dos alturas, con lo que desde la planta superior podía divisar un horizonte de nuevas posibilidades y maravillosas vistas. Un horizonte tan vivo como vivo está el océano.

Luego regresó al bajo. Hinchido de tanta perspectiva, se detuvo en la puerta que la antigua propietaria de aquel lugar le había dicho que habían tabicado para evitar que se pudiera acceder al sótano, ya que la humedad se había apoderado de él de manera irrevocable y no era buena idea rehabilitarlo si no se disponía de mucho dinero, pues la reforma era cara. Pensó en que quizá, si algún día conseguía escribir un bestseller, podría permitirse el lujo. Se sorprendió a sí mismo con una sonrisa ingenua en la cara por no tener claro que pudiera conseguirlo. Tal vez fuera verdad que no creía demasiado en su talento. Quizá fuera cierto que era un cobarde de los que pasan desapercibidos en la historia por faltarles valor para intentar triunfar. Pero bueno, sus pequeños relatos —los que publicaba en una revista con cierto renombre intelectual y que le permitían cubrir los gastos inevitables— quedarían para la posteridad; eso ya era mucho más de lo que podían decir los que lo acusaban de gallina.

El día lo pasó de un lado a otro cargando y colocando todas sus pertenencias. Eran más de las que parecían en el apartamento que compartió con Alejanía, pero tener que buscar sitio para tantos trastos lo distrajo hasta llegar la noche. Encendió, a la hora del descanso y de la cena, un radio-cassette que aún tenía de los años ochenta. De esos grandes con dos altavoces negros en su parte frontal y que tronaban más de lo acostumbrado dentro de aquellas paredes desnudas que clamaban a gritos estanterías, y cuadros, y fotos que las cubrieran. Intentó sintonizar una emisora en la que sonara su música favorita: *rock* del de toda la vida, los clásicos que siempre suenan actuales. Pero tuvo que conformarse con una única emisora que emitía música clásica. Sin duda, el pueblo no tenía buena cobertura para las comunicaciones. Mientras escuchaba a Stravinski comenzó a hacerse un huevo frito que acompañara la conserva de embutidos que su madre le preparaba siempre que emprendía un viaje.

---

El huevo estaba casi en su punto cuando la radio dejó de emitir por unos segundos, los suficientes como para que apreciara unos golpes que venían del sótano y parecían exigir compostura y correcta convivencia. Los mismos golpes que daría el vecino impertinente de abajo si estuviera en un piso de bloques apilados. Desde luego, debía de haber sido el llanto de alguna madera que había resbalado por el sudor de aquella sala sellada, como si hubiera cedido a la gravedad y caído al suelo desde una pequeña altura. Claro que sintió miedo. Era lógico pensar que alguien se había colado ahí dentro..., pero no había más entrada a la siniestra habitación que la puerta enladrillada. Eso le habían dicho. Con lo que el miedo era infundado. Y ese pensamiento terminó disipando su temor.

La emisora volvió a funcionar y, de manera incomprensible, él corrió a bajar el volumen. Era absurdo, porque no estaba molestando a nadie. Pero el miedo absurdo es el más difícil de dominar, y prefería tener los oídos dedicados en exclusiva a escuchar todos los ruidos a los que tendría que acostumbrarse en su recién estrenado hogar.

Terminó de cenar y hurgó en una de las cajas de cartón llenas de libros a fin de procurarse uno con el que pasar el rato hasta que le entrara sueño. Uno de tantos que había recopilado hasta ese momento: *El castillo* de Kafka. Ni siquiera recordaba haber comprado aquel ejemplar. Estaba dedicado para él. «A Samuel —rezaba—, tú decides si leerlo o no.» Se lo debió de regalar alguien que no se rompía la cabeza pensando dedicatorias, pero le resultaba imposible recordar quién. La edición era muy buena. Tenía el acabado del corte bañado en oro y las tapas eran duras, aunque el libro apenas pesaba. Se acurrucó en el sofá para comenzar con su lectura. Se relamía de solo pensar en adentrarse en aquellas páginas. En el fondo, lo prefería al proceso de conocer a otra mujer. Los libros no tienen trampas. La historia no se modifica conforme avanzamos en la lectura, está ahí en todo momento. Puedes saltar páginas y comprobar que el final es el que está escrito y que nadie improvisará otro.

---

Así, comenzó a sumergirse en el mundo que el autor había creado para satisfacer su necesidad de contar lo que su subconsciente le dictaba. La noche terminó por advertirle de que el sueño exigía su pago diario y, despertando de su trance, miró la hora en su reloj de pulsera blanco. Eran las diez. Quizá demasiado pronto para acostarse, pero la paz que se respiraba en aquel lugar hacía la hora más que propicia para el descanso. Se dirigió a su nueva cama. Estaría fría, pensó, pero al menos ese frío se disiparía con los minutos, no como el hielo que habitó durante tantas noches en el dormitorio que compartió con Alejanía y que ninguno de sus cuerpos consiguió reconvertir en el agua salada y caliente de sus primeros encuentros. Ya no tenía miedo. Leer las vidas de otros le daba valor.

Se detuvo un par de segundos ante la entrada del sótano y acercó el oído izquierdo a la puerta enladrillada. Allí no se escuchaba nada. Qué buena y útil era la palabra «nada» para él. Nada que esperar. Nada de qué preocuparse. Nada que hacer. Nada que sospechar... Sin duda alguna, la gente no valoraba en su justa medida el sustantivo. Siempre obsesionados por tenerlo todo. Preocupándose por todo. Por hacerlo todo. Por sospechar de todo. Por TODO, en definitiva.

Llegó al dormitorio tras subir las escaleras, que contó en voz alta como apelando a un juego de su niñez. Una, dos, tres..., así hasta las doce y media que conformaban todo el ascenso. Decidió lo de «media» porque la primera apenas se levantaba unos centímetros del suelo. No respetaba la idiosincrasia de las otras. «El constructor debió de darse cuenta de que si seguía haciendo la pendiente tan leve, más que una escalera terminaría construyendo una rampa y decidió corregir el desnivel de los peldaños a partir de la segunda», pensó por pensar.

Una vez en la alcoba, se apuntó en la memoria que tenía que cambiar la bombilla del techo. Demasiado débil. Daba tristeza. Y tristeza era el último inquilino que aceptaría en su nuevo hogar. Mañana compraría una de más potencia en el pueblo. Luego colocó la maleta sobre la cama. Sintió cómo se sacudía el colchón bajo su peso. Aquella espuma no recordaba lo que era soportar algo pesado. ¿Cuánto tiempo llevaría

---

sin usarse? Extrajo su pijama, doblado con meticulosidad, de la maleta y consideró que había un poco de tiempo para vaciarla y colgar la ropa en el viejo armario que adornaba la estancia.

La madera que soportaba el vacío que él estaba a punto de llenar parecía arañada en sus bajos por las garras de algún perro o algún gato que en el pasado hubiera habitado allí. Abrió una de las portezuelas y observó que, en el fondo de una de las estanterías que lo esperaban dentro, había una caja forrada de cuero rojo y algo ennegrecido por el castigo de llevar tiempo abandonado a la humedad del ambiente. La extrajo con delicadeza, compadeciéndose de que quien fuera la hubiera olvidado allí. «¡Qué lástima! —pensó—. Llevarse todo menos a ti», le dijo luego en voz alta al pequeño cofre.

Lo llevó hasta la mesilla para alumbrarse con la luz de la lamparita que se apoyaba en el mármol deslucido que la cubría. Era curioso cómo una bombilla de menos potencia que la del techo parecía alumbrar más que la de la lámpara principal. Presupuso durante un minuto todas las cosas que podía contener aquel recipiente. Fotos antiguas. Bisutería. Cartas de amor. Facturas... Este último pensamiento lo sacó de su ensimismamiento y se recriminó por haber abortado aquel alarde de romanticismo con algo tan trivial como las facturas. Entonces la abrió despacio. Dentro había un reloj plano de pared con números romanos que, aparte de representar las cuatro con los respectivos palotes —error común en muchas esferas de estos artilugios—, tenía trece horas, las tres últimas apretujadas entre las diez y las doce. Así, las diez, las once, las doce y las trece no respetaban la distancia establecida en el resto del círculo para las otras horas y se apiñaban para poder encajar en aquella medida tan absurda de tiempo. Estaba claro que las agujas recorrerían el mismo espacio (una esfera completa), con lo que aquella distribución tan surrealista solo obedecía a una estética artística que su creador quiso plasmar, tal vez para demostrar su valía a alguien que estuviera por sus huesos. Lo sorprendió que el mecanismo del artilugio siguiera latiendo. Había una pequeña llave para darle cuerda, pero, fuera por lo que fuese, no la necesitaba todavía. Verificó

---

la hora con el suyo y vio que llevaba un ligero retraso. «Nada importante», pensó, sin duda estaba perdiendo fuelle, pero mejor esperaría a que se detuviera del todo para darle cuerda.

Volvió a guardarlo en su recipiente y lo introdujo de nuevo en el armario. Miró la maleta, todavía con la ropa dentro, y decidió que por aquel día ya bastaba. Se vistió con su pijama de franela y se acostó. Apagó la luz y se refugió bajo el calor que poco a poco iba invadiendo aquellas sábanas heladas.

¡Qué bueno era dormir sin una espalda que indicara que la persona que dice amarte sigue encontrando razones para no dejarte ser feliz!

---